

Enrique Molina

La filosofía en Chile en la primera mitad del siglo XX

(Conclusión)

* * *

Diserta Millas agudamente sobre el pensar teórico. La comprensión de las cosas, que no es sólo tener ideas de ellas sino intuiciones, le permite al hombre atraerlas un poco hacia sí y hacerlas, en cierta medida, parte de su espíritu. Extrañamos algo cuando su ser está totalmente fuera del nuestro; comienza a disolverse la extrañeza con la simpatía, que es un modo inconsciente de comprender, y se ha disuelto más con la comprensión. Al comprender podemos representarnos incluso aquello que del ser no vemos y podemos acaso hacernos la ilusión de que lo tenemos dentro de nosotros mismos. El instrumento característico de la comprensión es la teoría. Teoría, etimológicamente, es contemplación. Contemplar es, más que mirar, ver, acto de poner en la mirada un contenido. La contemplación

es, por eso, la experiencia que sigue a la extrañeza y el hecho que antecede al amor. A través de la contemplación nos dan las cosas su ser, se nos muestran, revelan su esencia y, si no absolutamente, al menos en principio, hay una mengua de nuestra soledad. Por eso el hombre no es sólo el ser que se extraña, sino además el ser que contempla y que al contemplar, ama, y que, amando, dilata y expande su existencia. Teórico es, pues, el individuo en el ejercicio de la función primordial de la comprensión: el artista, el místico, el sabio, el filósofo, el profeta, el que ama, el que perdona, el que busca, el que, en fin, tiene de alguna manera puesto el mundo bajo sus miradas.

En la segunda etapa la contemplación teórica pone en las cosas esa suprarrealidad que es el valor; percibe en ellas un modo de ser capaz de suscitar el amor.

Atribuir al cultivo de lo teórico la inacción es no saber en qué consisten la teoría ni la acción. Porque en la estructura psicológica de la idea está la realidad misma con toda su multiforme y multicolor riqueza de contenidos concretos, es porque lo teórico es la expresión misma de la vida, y porque el filósofo, que es el contemplador por excelencia, es a la vez, tanto o más que el político, un verdadero hombre de acción.

Para una visión superficial, Platón es inactivo, César es el movimiento mismo; aun para un explorador tan profundo de los arcanos históricos, como es Spengler, la eternidad de Platón la entienden sólo ciertos

filólogos (*). Mas la verdad es que el pensamiento platónico no está formado por sus ideas disecadas en un manual de filosofía, sino por el espíritu poderoso de sus diálogos, que se transmite continuamente a través de los tiempos en sucesivas ondas de aliento casi imperceptible. Los antiguos pudieron creer que el aire no pesaba, porque no lo sentían sobre sus espaldas como un fardo; fué necesario, para conocer su verdadero peso, que Torricelli mostrara el equilibrio de una columna de mercurio. Así también hay quienes creen todavía que las fuerzas espirituales no actúan porque no sirven para derribar árboles, mover las naves o detener el curso de los planetas; habría que mostrarles, quizás, el movimiento que en las almas producen los grandes poderes espirituales—ideas, emociones—movimiento que, extendido a veces, no por la superficie, más por las honduras de una generación entera, parecería, si pudiera verse, como una marea incontenible.

El carácter eminentemente activo de lo teórico es el que en una u otra forma lleva a los idealismos más puros, de su aparente quietud, al caudal pifante de la vida. Platón sustrajo las ideas al proceloso devenir de las imágenes elevándolas, como sagradas o inmóviles custodias, por encima de la movilidad constante de la vida. Y como llamara al hombre a la contemplación de esos rígidos modelos, hay quienes creen que lo in-

(*) Oswald Spengler: «La Decadencia de Occidente» (t. IV, Espasa-Calpe, Madrid, 1927; pág. 259, nota).

vitó a infringir el sino móvil de la existencia. Sin embargo, el llamado platónico no fué para mirar, sino para contemplar, y contemplando, admirar; quien contempla y admira, no se inmoviliza: ama. En la cúspide de su pirámide de ideas pone Platón el amor, que atrae, que saca a los seres de sí mismos y los hace marchar más allá de sus limitaciones. Para Platón la belleza es el resplandor de lo verdadero: la verdad tiene, pues, un resplandor, un imperio de acción sobre las conciencias, que en ella encuentran confundida la belleza, fuente de donde saca el amor toda su fuerza.

La conducta práctica del hombre, su dedicación a los trabajos del mundo, el hacer de las cosas cada día, no es, pues, nada que pueda sustentarse por sí mismo. Toda conducta es una espiritualidad en marcha; hay que ver el mundo para transformarlo; y para verlo hay que tener mucha teoría en el alma; por eso la ciencia, la religión, el arte, la intuición viviente de las cosas humanas, son las fuentes de donde surgen las invisibles potencias de transformación.

Las fuerzas máximas suelen ser, como los diamantes, hallazgos de profundidad; el corazón del hombre se halla situado en una región de hondura corporal; lo mejor de sí mismo lo guarda el mar, avaramente, en abismales rincones de su imperio; y a Dios lo encontramos sólo cuando hemos cavado hasta las fronteras del ser y hemos dejado a nuestro lado inservibles escombros de realidad aparente. Así, también, lo existente nos entrega su misterio, el problema, su solución, la

guerra, una promesa de paz, únicamente cuando hemos sabido llegar a lo profundo que en lo absoluto y universal reside.

Es en la filosofía en donde hallamos la más clara confirmación y paradigma de lo dicho. La labor del filósofo es por esencia de abstracción y teoría, de pensamiento sin lastre de acción inmediata o de flagrante utilidad. Sin embargo, su significado para el hombre es tal, que, pudiendo los individuos prescindir de ella por completo en sus afanes cotidianos, acuden a su fuerza en todo momento supremo de la vida; en la hora de las dudas, de las resoluciones máximas, de los sacrificios, de la soledad, de la exaltación afectiva, de los misterios, del amor, de la rebeldía, de la beatitud, de las esperanzas, de la muerte próxima.

Toda filosofía, aun la filosofía de lo práctico, es teoría, es decir, espíritu. Es teoría porque su esencia consiste en tomar las realidades en sí mismas como fuente de interés, y no con referencia a lo que ellas significan para determinados propósitos de conducta. Es teoría también porque busca de las cosas la sustentación genérica, última, absoluta, despojándolas de su contingencia. En esto coincide con la ciencia positiva, que busca también la forma genérica de lo existente. Pero, mientras que la ciencia busca de las cosas el género próximo, siendo cada concepto suyo sólo un caso de lo general, la filosofía explora en lo absolutamente general, haciendo de lo universal mismo el objeto de su estudio.

Filosofar, y aun teorizar, es descubrir las leyes de la simpatía que coordinan todo lo existente, mostrar vías secretas por donde las cosas se comunican, se penetran, se confunden. Considerese cualquier sistema filosófico: el universo es siempre la constante. Pensamiento en expansión universal: eso es la filosofía. Y tanto lo es, que el propio pensamiento es en ella objeto de teoría. La ciencia nos permite hacer la teoría para dominar los hechos; la filosofía nos lleva a investigar lo teórico y a entenderlo. La necesidad de sustentar la teoría misma, apoyándola en la intuición de algún valor supremo, es lo que proporciona al pensamiento filosófico uno de sus más importantes contenidos. El carácter natural de las funciones teóricas, al acentuarse, da a la filosofía una predominante dirección humanista. Por eso los sistemas, cualesquiera que sean su estilo y su principio, rematan en una doctrina general del hombre, y tienen la ética entre los problemas fundamentales. Una filosofía que no esté animada por una verdadera pasión frente al destino del hombre, no es en propiedad verdadera filosofía. La verdad es que todos los grandes sistemas lo han estado, aun aquellos que han sido sólo ciencia natural, como el de los antiguos jónicos.

Y si ahora, lector, me acosaras con ansiedad, como yo mismo lo hago, preguntándome ¿para qué sirve la filosofía, cima de lo teórico?, yo habría de responderte: para que yo, tú y todos participemos en la comensalidad universal de lo humano. Filosofar es humanizar,

humanizándose; por eso mismo en la filosofía lo teórico y lo práctico se penetran y se confunden.

* * *

Ser y existir son para mí dos términos diferentes; se es para otro, para el amigo, la amada, el vecino; es decir, para quien está mirándonos ser, pero no está siendo con nosotros; en cambio se existe para sí mismo, para el yo propio, que no se contempla, sino que se vive, y que tiene la conciencia inmediata, como ningún otro puede tenerla, de su íntima realidad. Decimos, por eso, una mesa es, porque la constatamos como objeto de nuestra experiencia, pero no podemos decir que existe, en el sentido en que nosotros existimos, por estar sintiéndonos ser a nosotros mismos.

Esta es la clave radical del ser del hombre: la conciencia de su ser, es decir, de su existencia. Toda la vida humana, la histórica y la personal, puede explicarse por esta fórmula, como en la segunda parte de esta obra podremos demostrar. Su apercepción por el hombre, no obstante ser accesible mediante un simple esfuerzo introspectivo, sólo en ciertos supremos instantes de la vida puede conseguirse en verdadera plenitud. Aprehendemos su verdad cada vez que por algún motivo hemos tenido que afrontar nuestra soledad, el hecho de nuestra singular y hermética existencia. En esos momentos—el de las decisiones irrevocables, el de la religiosidad auténtica, el de la enfermedad, el de la

creación artística, palpando la materia concreta de que está hecho nuestro ser—constatamos el hecho mayor de cuantos puede el hombre constatar en relación con su existencia: el hecho de su soledad, esto es, de su individualidad.

La libertad no es sólo una condición externa del ser, como lo es el oxígeno de la vida del ser que lo respira. La libertad es el contenido mismo de la voluntad y, por tanto, la sustancia concreta de que el ser está hecho.

* * *

Hemos indicado los contenidos de la individualidad. En la segunda parte de su obra se ocupa el señor Millas de lo que él llama el simbolismo de lo impersonal. Primeramente vuelve sobre la esencia de la individualidad en unas cuantas notas bastante teñidas de existencialismo. «Es un drama la individualidad, dice, porque el tiempo, la libertad y la racionalidad, que la componen son otros tantos menesteres, afanes, quehaceres permanentes de su vida. Cada individuo puede decir: soy un drama angustiado. El hombre hace cada una de las cosas que llenan su vida poseído de un fundamental sentimiento de angustia, que es impresión de zozobra, incertidumbre, inseguridad constantes».

En las fuerzas impersonales está la otra fuente de la angustia. Llamamos fuerzas impersonales a todas

aquellas formaciones espirituales a que concurren los hombres en agrupación, tales como la familia, la nación, el Estado, la humanidad, las asociaciones transitorias, etc. Se caracterizan estas formaciones porque, gracias a la espiritualidad de que gozan, poseen cierta personalidad aparente, que lleva a muchos a asimilarlas a los auténticos sujetos de la vida, que son los individuos humanos. Nosotros afirmamos, dice Millas—y lo acompañamos expresamente en su pensar—que sólo el individuo tiene efectiva realidad y que lo demás—la personalidad de las agrupaciones en que el individuo milita—posee un carácter puramente simbólico. Sin embargo hállanse dotadas de una poderosa capacidad de beligerancia frente a la persona del hombre.

La política es una de las formas de la acción limitativa de la individualidad que ejercitan esas fuerzas impersonales. Pero esto no significa que la política sea para nosotros esencial y primaria; creo justamente que es lo más accesorio y sobrepuesto de la vida; pero quiero decir que es una realidad de cada instante, un hecho inevitable que se realiza en el vivir del hombre con la espontaneidad y vigor de los hechos fisiológicos y aun con la necesidad que a éstos caracteriza. Para Millas la política ocupa un lugar subordinado en el plano de los valores. Sin embargo, la política es siempre importante, a veces muy importante, pero carece de una verdadera significación para la persona humana, entendiendo por tal a cada uno de los hombres en

cuanto representan una conciencia alerta de sí misma ante el universo todo, el histórico y el natural.

«Mi conclusión es bien clara, dice nuestro autor, e insisto en ella para que el filisteísmo politizante no la equivoque ni la deformé a gusto suyo. El hombre es fundamentalmente persona, individuo; su individualidad es la sustancia de su realidad. La sociedad—hecho de donde aquella individualidad proviene, y no término hacia donde vaya, según habitualmente se cree—es sólo una circunstancia o condición de ella. Todo intento de soborno de la persona, toda acción que la aparte de su interés y preocupación por sí misma, por su formación, desarrollo y grandeza, son otros tantos propósitos deformantes de la naturaleza del hombre. De esta idea se deduce, lógicamente, el carácter de perversión histórica y de deshumanización del hombre que tiene el Estado que se eleva a la dignidad y rango de persona, dentro de la cual los individuos se disgregan, se desvanecen y apagan como las estrellas en el resplandeciente cielo matinal».

Se deduce también el carácter meramente instrumental y derivado, no generador ni originario que tiene la política, la cual no determina dinámicamente los intereses fundamentales del hombre, ni los subordina axiológicamente. Para la política, en efecto, el hombre es un factor abstracto de la convivencia; como tal, su especificidad es indeterminada y general; cada individuo es un mero ejemplar de su clase, profesión o partido; nada hay en él que como individuo pueda inte-

resar a la política, si no son aquellas capacidades susceptibles de reducción a lo impersonal y gregario. No digo yo que la política pueda obrar de otro modo; ni siquiera digo que deba hacerlo; todas las aptitudes que posee para el desempeño de su misión reguladora de la fisiología social, derivan sin duda de esa conversión de lo personal a lo mostrenco. Lo que sí digo es que la pretensión, que es la de muchos filósofos, de otorgar a la política funciones determinantes en la formación de todo lo que es el hombre aparte de ser un animal multitudinario, me parece manifiestamente viciosa, por sus fundamentos y sus fines.

Sin embargo, mi afirmación no tiene correspondencia alguna con el egoísmo moral o con el individualismo de los economistas liberales. La idea de la perfección y grandeza personales excluye a lo primero. El perfeccionamiento que buscamos no es otro que la expansión de nuestro ser, su universalización mediante su contacto y comunidad con las almas, cuyo dominio allende la nuestra, representa el principio de nuestra propia afinidad. El individualismo económico, a su vez, es contrario, por su fundamento moral egoísta, a nuestro personalismo existencial y es contrario también al ideal de la expansión creadora del ser. En efecto, esa expansión sólo será posible cuando exteriormente se hayan alcanzado las condiciones que hagan de la sociedad política un órgano regulador de la vida material, en términos tales que esa absurda «lucha por la existencia» que algunos proclaman, y que no es es-

pecífica en el hombre (º)—lucha que no es por la existencia, en sentido estricto, sino por la seguridad material, una mera condición de ella—que esa lucha digo, no sea ocupación de la vida. Semejante propósito sólo puede realizarlo una organización colectivista de la economía, cuyos principios reguladores de tipo ideal son para mí los de la nueva economía del Estado.

Nuestra confesión individualista tiene, por consiguiente, un alcance metafísico y ético. Su metafísica se contiene en esta fórmula: sólo el individuo es sujeto de existencia consciente, y por lo mismo, sólo en él pueden radicarse los fines de las empresas del hombre. Las cosas a que se suele atribuir la autonomía histórica, existen en él, o por él, ya como representaciones suyas, ya como determinaciones objetivas o ideales de su razón axiológica. Así, el Estado y la Humanidad representan sólo campos que las existencias individuales determinan por la interacción de todas ellas. La existencia es para el hombre el hecho consciente de su vida, la que a la vez—hemos visto—tiene por contenido, no el verbo, sino el tiempo hecho carne. Se vive con una conciencia que es conciencia de un cuerpo y de un alma; apetito y angustia son la sustan-

(º) Para la buena inteligencia de esta afirmación, remito a lo que ya dije un poco antes acerca de lo que debe entenderse por cosas propias, específicas del hombre. No lo son las meramente naturales, esto es, las de animalidad a que está adscrito, sino las culturales, esto es, las que él mismo se da para salir de aquélla y entrar en la historia.

cia de que estamos hechos. Otra forma de existencia humana es irrepresentable, más aún, irreal.

Como se ve, la prioridad que concedo a la persona sobre lo social está más allá de toda polémica entre individualismo y socialismo. Desde luego, debo decir que si en el campo de estas discrepancias hubiera de fijar posiciones, me quedaría con el último. Ello sin duda, semeja bizarra paradoja. Pero no hay tal. Lo que para mí importa es la esencia metafísica del ser humano, y lo que postulo es que el hombre, en todo momento, vive desde sí hacia el orbe objetivo, que se le aparece como un sistema de imágenes organizado en torno suyo. En otros términos, digo que la persona del hombre es un punto de apoyo, el único, para sus fuerzas de acción sobre el universo, y que jamás deja el hombre de ser el sujeto solitario de su propia existencia. Esta afirmación no tiene que ver nada con la disparidad que separa a egoístas y altruistas.

Lo dicho basta para mostrar nuestro aserto de que la vida del hombre es una empresa de su exclusiva persona, y de que no tiene sentido la existencia sino como tarea y drama del individuo. El grupo humano tiene existencia también; pero la tiene sólo como interacción de los seres múltiples que son los hombres, o, en otros términos, como condición de la vida personal.

Por eso yo no puedo ver en el Estado sino el contrapunto del hombre puesto a vivir frente a su grupo. Lo demás sólo pertenece a la manera de comprender

la Historia, que es también un medio para desfigurar el presente.

La individualidad no es un azar: es la resultante necesaria de una conciencia libre, temporal y racional. Aun más: la individualidad no es sino la manera como el hombre constata en él la acción de una libertad racional en el tiempo. La libertad no opera en el vacío, sino en el tiempo, no representa el imperio del azar, sino de la rationalidad; su desarrollo se traduce en una figura espiritual característica, en un resultado psíquico determinado, en una forma anímica definida, que es la individualidad. El individuo representa, por consiguiente, la unidad espiritual que continuamente elabora en el tiempo una libertad racional.

Es esa individualísima constitución de su existencia la que hace del hombre un ente real, desde el punto de vista ontológico, un ente responsable, desde el punto de vista ético, y un ente creador, desde el punto de vista histórico.

En una circunstancia tan desconcertante y difícil como la actual de nuestra cultura—desconcierto y dificultad que consisten no tanto en la angustia que pone en las almas esta guerra dolorosísima, como en la perdida del sentimiento de seguridad—una doctrina del hombre como la expuesta, puede desempeñar una misión, por modesta e intrascendente que ella sea. Traducida en fuerza espiritual, habrá tenido eficacia si pue-

de al menos dar rumbo a algunas almas a la deriva, sean ellas pocas o muchas.

«Creo que puede sobrevenir un estado de cultura auténtica, en que sienta cada cual el ritmo seguro de la vida ascendente, y en que cada hombre tenga la adecuada intuición del futuro. Creo que ese estado vendrá cuando pueda cumplirse el destino del hombre: el acrecentamiento de la individualidad creadora. Creo, en fin, que es América el lugar propicio para la constitución de una filosofía del hombre, fundada en la exaltación, metafísica ética e histórica del ser individual, concebido éste como el medio adecuado, el único tal vez, para realizar un ideal de humanidad libre y éticamente superior. Tal filosofía tiene que fundarse, ante todo, en la libertad espiritual, y en la capacidad del hombre para hacer la historia, padeciéndola, sufriéndola, viviéndola día a día, sin trascendentalismo. Resistir a los acontecimientos que parecen fatales, si ellos disgustan, hacer la historia con la vida, no dejarse hacer la vida por la historia, ha de ser la norma de conducta. Individualidad, por eso, creadora, no fatalista; soberbia, aun ante la adversidad. En eso puede traducirse un personalismo filosófico que se sienta, no como doctrina, sino como fuerza espiritual».

* * *

Conozco además dos ensayos de Millas sobre Goethe titulados «Goethe y el Espíritu del Fausto» y «La

Filosofía de la acción en el Fausto». Ambos constituyen agudas interpretaciones de la personalidad del gran poeta y del sentido de su célebre poema. En el primero de los ensayos dice lo siguiente: «Goethe es, en el umbral de la nueva cultura (la de la primera mitad del siglo XIX), el arquetipo de la humanidad moderna, de la situación general del nuevo hombre histórico, prodigiosamente diferenciado, pero integrado solidariamente siempre en la unidad de la condición humana. Goethe, el individuo que hace de su persona el microcosmos de un mundo cultural complejo, se convierte así en la instancia concreta, en la figura singular en que encarna, como para revelarse a sí misma, la sustancia del hombre moderno. Es, con razón, de todo punto imposible clasificarle en los tipos espirituales de su época: a la par conservador y liberal en política, idealista y realista en filosofía, místico y escéptico en religión, creacionista y evolucionista en ciencias, romántico y clásico en literatura, en él confluyen casi todas las fuerzas determinativas de una cultura exquisitamente diversificada. Por eso también su mentalidad aparece ejercitándose a la par que con aquella libertad, gracia y audacia de la intuición poética, con esa severidad, solidez y cautela del disciplinado análisis intelectual» (pág. 13). Y más adelante agrega: «La figura espiritual de Goethe surge como la forma que se ha impuesto, no siempre en toda su fortaleza, y nunca sin esfuerzo, sobre la condición amorfa de unas fuerzas dispersivas. En él confluyen, elevándolo a un alto grado de univer-

salidad humana, las tradiciones nórdicas del espíritu brumoso, romántico, informe, y las mediterráneas del espíritu nítido, clásico, formal. Y como en él mismo, en su Fausto se debaten fuerza y forma, intuición y pensamiento, magia y razón, ensueño y vigilia, en el más impresionante cuadro de contrastes concebido hasta hoy por un poeta».

Concluye su ensayo sobre la filosofía de la acción con los siguientes términos:

«Pero la acción vendría a ser—dice, y no creo aventurado atribuir este sentido implícito al pensamiento de Goethe—precisamente la instancia que permite el enlace de la existencia singular del hombre con la existencia universal, realizándose así la integración, no la disolución, del individuo en el todo. La acción propia nos inserta en la corriente de la acción universal, convirtiéndonos en parte suya significativa y necesaria, haciendo de nuestros instantes momentos insustituibles del curso de la realidad en el tiempo... Es indudable que no cualquiera forma de la acción es igualmente significativa como vía de acceso a esa corriente de acción universal. Hay, desde luego, la actividad que es mecánica repercusión de fuerzas extrañas a nuestro ser, movimiento externo sin íntimo soporte, sin desvelo ni esfuerzo propio, pasividad, por tanto, en su profunda relación con nuestra persona. Aparentemente activos entonces, nos conservamos siempre inertes, sin esa peculiar fruición de poderío propia de una conciencia que cursa el proceso de la auténtica actividad. A este mo-

do de acción engañosa que encubre nuestra situación real de esterilidad e inercia, pertenece, por lo común, el hacer de aspavientos cuantitativos y sociales a que suele inducirnos la cínica afición pragmatista de nuestra época, y que se traduce tan exquisitamente en esas sociedades en que la mecánica de la acción común y la frivolidad sustituyen el dramatismo de la acción personal. Es, pues, en la acción auténtica, la que se apoya en la libertad y clarividencia personales, y que irrumpen del esfuerzo íntimo del alma, en la que Fausto buscará la plenitud de su existencia... Emoción, acción y pensamiento componen, de este modo, para Fausto, el momento de la suprema plenitud. Bien entendida, pues, la filosofía de la acción en el Fausto es la superación de toda antítesis entre racionalismo e irracionallismo».

En conclusión:

Mucho se puede esperar todavía del señor Millas porque, aunque sus obras acusan una magnífica madurez, sin duda, por sus cortos años, está empezando; pero ya cabe afirmar de él que es un excelente escritor y honra de nuestra incipiente filosofía.

V

DOS MORALISTAS: JORGE VARAS SASSO - JORGE DE LA CUADRA

Jorge Varas Sasso.—No he tenido la suerte de conocer personalmente al señor Varas Sasso. Sólo

sé de él que es autor de un bello libro de que no pude dejar de ocuparme en la reseña que estoy haciendo. Se titula «Por las rutas del espíritu». La sana sabiduría que lo llena y la noble inspiración que lo anima lo hacen plenamente digno del nombre que ostenta como enseña. Según acabo de decir, nada sé del físico del señor Varas Sasso, pero su mencionada obra me parece una magnífica efigie de su alma y su trato me ha resultado muy provechoso y deleitoso (*).

No de todos los libros se puede decir que sean fiel retrato del alma de su autor. El señor Varas Sasso es el raro ejemplo de un optimista equilibrado; es un poeta que se dió a escribir ensayos morales y filosóficos, lo que ha realizado con todo éxito. No escribe para propugnar ningún sistema filosófico, pero abundan en sus páginas observaciones profundas y sus análisis de los procesos del alma suelen ser de una finura que hace recordar a los moralistas clásicos. Concuerda con esta característica el hecho de que su estilo es siempre fluido, espontáneo, natural, diáfano, sin afectación alguna, aun en los momentos en que aflora cierta exaltación poética. Tiene algo de la manera sencilla y evan-

(*) Después de escrito este estudio he tenido el agrado de conocer personalmente al señor Varas Sasso y he sabido de él que cuando escribió su libro era empleado de banco, circunstancia que realza su mérito. Actualmente se dedica a los negocios y al periodismo y es autor de cuentos que han sido premiados en certámenes literarios.

gética con que están escritas obras como «*La felicidad de vivir*» de Sir John Lubbock.

El prologuista, señor Rafael Fontecilla, en su sobriamente hermosa Nota Marginal, dice: «*Huellas del eudemonismo de Spencer y de la serenidad emersoniana encontramos en estas páginas llenas de quietud*».

En la Advertencia preliminar el autor nos orienta sobre las finalidades que ha perseguido y el sentido de su obra. «Al escribir estos sencillos ensayos—nos dice—no se persiguió fin ninguno tendencioso, ni se ha pretendido en ellos hacer propaganda en favor o en contra de tal o cual escuela filosófica o secta religiosa. Por nuestra parte, creemos que los credos de la mayoría de los hombres, más divergen en la forma que en el fondo, y que con un espíritu altamente comprensivo, es posible la armonía aún entre quienes militan bajo banderas diferentes. Fueron estas páginas escritas para hombres de todas las ideas».

«Las ideas aquí expuestas han nacido a la luz de la observación, tomadas del gran libro de la vida, donde vemos tantas veces doblegarse abatidas frentes que parecían destinadas a reflejar sólo la alegría e inundarse de lágrimas los ojos que desde la cuna miraron todo aquello que los hombres estiman que puede hacerlos dichosos».

«Al escribir estas páginas hemos ido a buscar nuestra filosofía al mundo del dolor, que, al fin y al cabo, es el mundo de los hombres; hemos descendido para

encontrarla al fondo de las miserias humanas, sin perder nunca de vista nuestra misera naturaleza».

«La filosofía optimista, para ser humana, ha de ser amasada con las cenizas de las quemadas ilusiones, ha de brotar de las decepciones como flor del dolor; ha de llevar hacia arriba como la gota de agua que, después de haber caído como una lágrima hasta el polvo, evaporada por los tibios rayos de un nuevo sol, se eleva otra vez a las alturas, desde el fango, envuelta en una nube. En el caso contrario, es voz que predica en el desierto; sus acentos no son de este mundo».

«Al hombre perfectamente equilibrado no podremos, tal vez, encontrarlo en la tierra; pero más liviana encontrará la vida, más cerca vivirá de la felicidad quien logre vivir más próximo al justo medio, a ese justo medio tan criticado por la mayoría de los filósofos y que, sin embargo, es lo único que resulta lógico al considerar las múltiples fases del alma humana y la infinita relatividad de todas las cosas.»

«Estas páginas, donde no hay una frase que no encierre una convicción profunda, ni se encuentra una palabra que no haya sido hondamente sentida, no tienen tal vez otro mérito que esa sinceridad».

El señor Varas Sasso aborda en sus ensayos todos los tópicos morales que puedan interesar al hombre, como ser la importancia del deber, de la acción, de la serenidad, de la tolerancia y de la resignación, el valor e influencia de la belleza, las virtudes del amor. Y los trata con fervor, a veces no exento de lirismo.

Páginas en que predomina el afán moralizador suelen degenerar fácilmente en prédicas. Pero con las del señor Varas Sasso no sucede jamás eso. Su entusiasmo es de buena ley, auténtico, nada de retórico. No incurre nunca en las monsergas y simplezas de los malos predicadores. Su optimismo no es empalagoso ni sus admoniciones exageradas.

Pero hagámosle unos pequeños reparos. Encuentro muy infundada la contraposición que en sus últimas páginas establece nuestro autor entre la filosofía y la poesía o entre los filósofos y los poetas. Así expresa en la página 251: «La vida es dolor», dicen los filósofos. «La vida es belleza», dicen los poetas. La última conclusión es infinitamente más lógica que la primera». Pero la verdad es que son los poetas los que con más frecuencia, sin perjuicio de buscar al mismo tiempo la belleza, digan y repitan hasta el cansancio que la vida es dolor.

En la misma página dice más adelante el señor Varas: «Los poetas, tan despreciados por los filósofos, compadecidos y ridiculizados por ellos, han vencido, sin embargo, en este punto a la filosofía. Han sentido ellos que el deber, el amor patrio, la emoción de la belleza, la abnegación, el espíritu de sacrificio, la misericordia y todos esos sentimientos que la filosofía ha tratado de analizar y, no encontrándolos de acuerdo con sus raciocinios, ha terminado por negarlos, emanan de lo más hondo del alma humana, más allá del ra-

ciocinio, y obedecen a leyes eternas e inmutables de la vida».

En algunos filósofos puede ser que haya encontrado estas cosas el señor Varas Sasso, pero no cita a ninguno. Formulados estos cargos así en general como lo hace nuestro autor, resultan enteramente gratuitos. Fuera del ejemplo clásico de Platón, que pretendía desterrar a los poetas de su República, no creo que los verdaderos poetas sean despreciados, compadecidos y ridiculizados por los filósofos. Me parece, al contrario, como creo haberlo expresado en otra ocasión, que filosofía y poesía se compenetran. No hay verdadero filósofo que no tenga cuerdas de poeta ni verdadero poeta sin honduras de filósofo.

También es enteramente gratuito el cargo que resulta de estas palabras: «¿Qué es el deber? ¿Cuál es la razón del patriotismo? ¿Qué es la belleza? La filosofía, al introducir su escalpelo en esos altos sentimientos, no encontrándolos consistentes, los ha negado, diciendo que son sólo ilusiones de los hombres» (pág. 252). Bien puede ser que haya alguna filosofía que lo haga y así se equivoque. Pero no la Filosofía sin más ni más. Toda la dedicación de ella al estudio de los valores espirituales desmiente esta impugnación arbitraria.

El libro del señor Varas Sasso con el viril optimismo que rebasa de todas sus páginas, es una acabada antítesis del existencialismo.

La lectura de este libro me ha hecho recordar más de una vez el dicho del sabio antiguo de «qué felices serían los pueblos si los filósofos fueran reyes o...». No para suspirar por su realización al pie de la letra sino para pensar en una acertada jerarquía de valores. Entonces el dicho podría quedar así: «Qué felices serían los hombres y los pueblos si supieran colocar a los valores morales y filosóficos en el lugar preeminente que les corresponde».

Jorge de la Cuadra.—También me ocurre con el señor de la Cuadra, como con el señor Varas Sasso, que no sé nada de él fuera de que es autor de un bello libro. Naturalmente no es poco. Además, al igual que en el caso del autor de que acabamos de ocuparnos, en lo que él aprecia y valoriza y en lo que condena, siempre en un tono que trazuma sinceridad, nos deja adivinar las cualidades de un espíritu sano y de selección.

El título de la obra del señor de la Cuadra induce algo en error sobre su contenido. Se llama Filosofía de la realidad, nombre que hace pensar en un trabajo de dimensiones ontológicas y cosmológicas, de lo que muy poco o nada se ocupa. Al señor de la Cuadra le preocupan los problemas del hombre y su felicidad. Su estudio es de esencia sociológica, etnológica, antropológica, psicológica, y por estos caminos llega a lucubraciones filosóficas y penetrantes análisis propios de un hondo moralista. Más correspondiente

a la verdad habría sido el título de *Filosofía de la realidad social* o *Filosofía de la realidad humana*. Y no se me diga que esta es cosa baladí o periférica. Estoy seguro de que el sobrio título de «*Filosofía de la realidad*» ha alejado lectores del libro que han temido enfrentarse en él con problemas demasiado abstractos. Lo que no es de poca monta en este medio cultural nuestro, chileno o hispanoamericano, en que son tan escasas las inteligencias atraídas por el estudio de la filosofía. Con lo que el libro ha perdido en merecida difusión, y con ello la colectividad, y numerosos cerebros a quienes sería útil el conocimiento de sus por lo general sólidas, si bien no pocas veces amargas, enseñanzas.

Desde el Prefacio se advierte un tono pesimista, pero viril y valiente. Dice, sin embargo, en él: «Creamos, en cambio, en la felicidad relativa que se adquiere por el perfeccionamiento incesante del espíritu. ¡Pero esta es una embarcación muy pequeña para que pueda salvarse mucha gente!».

Hace el autor un excelente análisis de las que él llama «fuerzas elementales del hombre» (Cap. I), llevado a cabo con claridad, aguda inteligencia y fría valentía. Su estilo es siempre claro, terso, adecuado, ni retórico, ni declamatorio. «El instinto de conservación de la vida es la gran fuerza que empuja al hombre en el tiempo y en el espacio. De él derivan los sentimientos y las tendencias más vigorosas de su psiquis. El egoísmo ha nacido de la hipertrofia y exacer-

bación del instinto de conservación de la vida, producida por los rigores de la lucha por la existencia... Frente a los aportes del instinto de conservación de la vida, el hombre se pone en marcha armado de dos fuerzas más: una que comparte en propiedad con ciertos brutos, la imitación, y otra que le es exclusiva, la razón».

Analiza nuestro autor las ideas de libertad e igualdad y hace ver la incompatibilidad que hay entre ellas. «La libertad no es negocio de las muchedumbres sino aspiración de las élites; por eso el salvaje no tiene libertad ni se manifiesta en él el deseo de obtenerla. El salvaje, gozando de una libertad absoluta en medio de una naturaleza complaciente, fué otro de los cuentos más románticos y más populares hasta el siglo diecinueve, en que se esfumó para siempre a los rayos proyectados por la investigación histórica» (pág. 18).

El señor de la Cuadra es un aristócrata del espíritu y, consecuencialmente, un individualista en el sentido de la estimación del valor de la personalidad. «¡Como si sólo valiéramos en relación de los demás—exclama—y no fuera cada hombre, a la inversa, todo un universo, al cual solamente uno puede darle su significado más profundo!» (pág. 37).

Tras un examen sagaz del juego de los deseos humanos, expresa: «De cuanto venimos diciendo fluye una conclusión: la felicidad absoluta es imposible de alcanzar. Debemos contentarnos con una felicidad relativa; y esto, en su única forma posible, no consiste

en desear poco o mucho, en satisfacer muchas o pocas necesidades, sino en una relación de mayor o menor acercamiento, entre lo que se quiere y lo que se puede... Ahora bien: ser capaz de gobernar los deseos, de dirigir la conducta, aproximarse deliberadamente a la ecuación de equilibrio de las necesidades y las posibilidades, requiere un anhelo fecundo de perfeccionamiento cotidiano que sólo se da al calor de la máxima sabiduría» (págs. 56, 57).

El señor de la Cuadra se detiene bastante en consideraciones sobre la idea de progreso, identificándolo con la conquista de la felicidad (*). «El concepto de progreso social—dice—es inseparable de la idea de felicidad individual. Pero vamos más lejos: es en substancia una misma y sola cosa. No se trata, en nuestra opinión, de saber si el Estado es hoy día más potente, si los organismos funcionan con mayor regularidad y precisión, si hay desarrollo del comercio o de la industria, si se han abierto más escuelas, si se han editado más libros; ni siquiera estriba el problema en saber si hay aumento de libertad, como lo pretendería Hegel. El quid de la cuestión se reduce a estable-

(*) En mi libro «De lo espiritual en la vida humana» he estudiado detenidamente el problema del progreso, concluyendo por darle un sentido de realización espiritual, gracias al cual el hombre puede alcanzar la mayor felicidad posible, sin hacer de la consecución de ésta el objeto de su principal afán; pero el señor de la Cuadra parece haber ignorado por completo mi citado libro.

cer si los hombres son o no son ahora más desgraciados que antaño; eso es todo y es bastante; y cualquiera otra solución que se le pretenda dar al problema entraña un desconocimiento penoso de las causas más íntimas y más evidentes por las cuales los hombres trabajan, se debaten, se angustian en este valle de lágrimas» (pág. 66). Y a la página siguiente agrega: «En esencia el hombre no persigue sino su felicidad... El progreso humano, no puede ser entonces otra cosa que el aumento de la felicidad de los hombres; verdad que adquiere una importancia enorme y una realidad indiscutible en una época en que todos los adelantos de la inteligencia se utilizan y se combinan en un delirio de destrucción recíproca para la miseria y el sufrimiento de todos»... «La idea, pues, del progreso social deberá buscarse en la multiplicación y perfeccionamiento de las instituciones (dando a este término el sentido más vasto de agrupación organizada), en orden a satisfacer el máximo de necesidades del mayor número de individuos» (pág. 69).

El señor de la Cuadra traza una viva pintura de las ventajas y miserias de nuestra civilización, condenando en general la vida moderna; menciona las fuerzas espirituales favorables (pág. 75), y las que provienen de la vanidad, la ambición y el odio que las contrarían y las anulan o neutralizan.

Defiende nuestro autor en forma acertada el papel que corresponde a las individualidades geniales, a los creadores de ideas nuevas, a los inventores en el des-

envolvimiento social contra ciertas doctrinas sociológicas que niegan su acción y que consideran el progreso obra de la colectividad, de la cual los grandes hombres serían meros instrumentos. Con este motivo el señor de la Cuadra entra en atinadas discriminaciones sobre los conceptos de genio, personalidad, élite y masa. La más acertada interpretación del proceso social en este punto es, nos parece, la que reconoce la interacción y cooperación entre el genio y la masa y el ambiente, a pesar de que muy a menudo aquél se muestre en pugna con éstos.

El capítulo V titulado *La impotencia de las magnas doctrinas*, manifiesta un pesimismo implacable, desolado y amargo. «Dos—dice—son las concepciones magnas con que los hombres han pretendido en vano redimirse del ancestro primitivo: la moral y la religión. La incapacidad de la una y de la otra para suavizar y ennoblecer la vida áspera y grosera de los hombres es el hecho más formidable que han puesto al descubierto las últimas tres décadas, con sus dos guerras mundiales, vale decir, con la más horrorosa sucesión de crímenes que se conoce, con sus resoluciones feroces, con sus tiranos chapoteando en la sangre» (pág. 138). «Después de lo visto y sufrido, sólo por rutina intelectual podrá seguirse hablando del progreso espiritual de la humanidad. La religión y la moral, como fuerzas de perfeccionamiento, están definitivamente muertas; pero ¿es que alguna vez tuvieron ser? Hace dos mil años que Jesús predicó su doctrina y

murió por ella, y sin embargo... Veinte siglos de experiencias negativas es tiempo más que suficiente para proclamar el fracaso de una doctrina» (pág. 140).

No cabe negar que estas son afirmaciones temerarias y frutos de observaciones precipitadas e incompletas. Aunque tanto quede por hacer, las creaciones morales y religiosas del hombre no significan un esfuerzo perdido. Son conquistas definitivas del espíritu y de la cultura, y ahí están por lo menos como energías potenciales que seguirán obrando en el corazón humano.

Son también aventuradas las siguientes afirmaciones: «El hombre egoista, vanidoso, desconfiado, hipócrita, de la misma manera que el zorro es astuto, el perro es fiel, el asno porfiado y tímida la gacela. El progreso moral ¿eliminará algún día del corazón de los hombres estas modalidades congénitas? La evolución de la especie humana es lenta y no se registran en ella las mutaciones bruscas de De Vries... Si es verdad que el presente es hijo del pasado y que de aquél surgirá el porvenir, podemos afirmar que no hay esperanza alguna, de aquí a cien generaciones, de que el hombre se levante moralmente una pulgada sobre el lodo en que se debate» (pág. 141).

Critica el señor de la Cuadra la moral kantiana y considera inútiles e inoperantes sus dos famosas normas fundamentales: «Obra en conformidad a una máxima tal que pueda erigirse por sí misma en ley universal». «Obra de modo que trates siempre a la humani-

dad en tu persona y en la de los demás, como un fin y nunca te sirvas de ella como un medio».

Critica igualmente nuestro autor la filosofía de Epicuro y su prédica de la virtud de la ataraxia por desarticulada, inconveniente y débil.

Tenemos que repetir que en estas críticas volvemos a encontrar al señor de la Cuadra algo precipitado y carente de ecuanimidad.

Con la firmeza de un verdadero moralista señala más adelante lo vanos que son los halagos del poder, de la fortuna y de la gloria.

El último capítulo de su obra lo titula nuestro autor *La luz sobre el sendero* y este solo título, no exento de vibración poética, revela el buen propósito del señor de la Cuadra de volcar, por último, sus esperanzas de alivio y la esencia de su sabiduría. Es riquísimo, en efecto, en consideraciones muy atinadas y convenientes, aunque no faltan otras algo antojadizas y precipitadas y que revelan incompleta observación, como aquella de que «la experiencia diaria nos enseña la escasa influencia que la religión ejerce en las buenas costumbres, aparte de que el sentimiento religioso puede no existir y lo más probable es que hoy día no exista» (pág. 217).

Señala el señor de la Cuadra como base de la sabiduría de vivir el conocimiento de sí mismo. No ignora él, de acuerdo con las escuelas idealistas, las limitaciones que entorpecen nuestro conocer a causa de las ilusiones y engaños de que nos hacen víctimas los

sentidos y por las incapacidades de que adolecen nuestras facultades intelectuales. «Abandonados de todo—dice—no tenemos más realidad que nosotros mismos. Y precisamente por eso, ahora más que nunca, hundamos la mirada en el fondo de nuestro ser, con la seguridad de encontrar allí, lo que fuera hemos buscado en vano» (pág. 184).

«Nos hemos referido a un tema tan divulgado como la limitación del conocimiento, la falacia de nuestras sensaciones... sólo por la necesidad de justificar a los ojos del lector, nuestra adhesión a la tesis de que el hombre es el centro del universo y la medida de todas las cosas: conclusiones de inestimable mérito para la comprensión integral de nuestro pensamiento» (p. 198).

«El afán de buscar en las nubes lo que sólo puede encontrarse en la corteza terrestre ha perjudicado a la filosofía con desesperante frecuencia como disciplina capaz de darnos un estilo de vida más en consonancia con nuestros íntimos anhelos y con las necesidades de la convivencia social» (págs. 199-200).

«El conocimiento de sí mismo se dificulta en gran manera por dos vicios de nuestra naturaleza: la vanidad y el orgullo. El hombre se resiste a confesarse su medianía. Los jóvenes, sobre todo, se consideran siempre casos de excepción; cada uno se siente, en cierta medida, un ser superior. La forma como reciben los consejos de sus mayores y los juicios que emiten sobre los hombres maduros, aunque sean eminentes, delatan su inmodesta^{*} confianza en sí mismos. Esta superesti-

mación de la propia valía es una de las bellas ilusiones de la juventud y uno de los tristes desengaños de la edad proyecta. Es, por esta razón, hondamente humano que al conocimiento de sí mismo sólo llegan los espíritus fuertes, aquellos que tienen valor para mirar de hito en hito, aun su propia mediocridad» (pág. 191).

Esta actitud tan discreta la olvida, sin embargo, el autor a las pocas páginas, ciertamente por un momento, al decir: «Cuando conocemos a nuestro semejante, y hay en nuestra alma siquiera un ápice de dignidad, cada día queremos menos ser su semejante. Es una forma también de perfeccionamiento propio» (pág. 194).

Pero en este capítulo predomina en verdad, haciendo honor a su título, la actitud orientadora y esperanzada. «El amor al terruño, la abnegación de la madre, la lealtad del amigo, la devoción por lo bello, la pasión por la verdad, continuarán siendo tesoro de los mejores espíritus... ; esas cosas sencillas y sublimes continuarán siendo el origen de esas fuerzas insospechadas que nos hacen fuertes en el combate, generosos en el tiempo, enteros en la adversidad... El cultivo esmerado de estos nobilísimos sentimientos es lo que entendemos nosotros por dar un contenido espiritual a la vida. Ello es necesario a nuestra felicidad, pero por sí solo no basta. Preciso es también darle un sentido filosófico, entendiendo por esta expresión la aplicación habitual de nuestra inteligencia al conocimiento de nosotros, de nuestros semejantes, y a la valoración adecuada de las cosas (jerar-

quización de valores) en el grado y medida necesarios para resolver el problema de la vida, en relación con la mayor felicidad posible de cada cual» (págs. 187-188).

Siguiendo en la misma línea dice todavía el señor de la Cuadra: «Cuando uno se habitúa a considerar las cosas en razón de la felicidad o de la desdicha; cuando aprende a jerarquizar los valores en atención a dicha pauta, entonces el horizonte se aclara considerablemente. Se ven con extraordinaria nitidez los extravíos de ruta que tantos pesares nos cuestan, y se mide con asombro el tributo que pagamos al prejuicio y a la necedad del prójimo. Los placeres inocentes a que hemos renunciado y las molestias que nos hemos impuesto por vanidad o por temor a las opiniones caprichosas de los demás, nos hacen sentirnos engañados. Esta burla de nuestro destino, desata, de cuando en cuando en nosotros, una secreta rebeldía, pero comprendemos nuestra impotencia y terminamos por disimularnos el fraude. ¡Y cómo extrañarnos de que vivamos contrariados, que experimentemos la incomodidad de la vida, si vivimos en función del parecer y del sentir ajenos! En los países latinos, sobre todo, esta debilidad es un verdadero morbo generalizado. Cada día más íntegramente, el individuo se va fundiendo en la colectividad y el conjunto va imprimiendo su sello más uniforme a sus componentes; pero como la fusión no puede ser absoluta, se ocasionan desajustes constantes y dolorosos. El empeño incesante por salvar nuestra personalidad

de este naufragio y vivir conforme a sus dictados, es acaso la tarea más varonil que podamos imponernos.

«El hombre de pobre vida interior, tiene que buscar fuera de sí lo que le niega su espíritu. Mientras más superficial es una vida, más necesidad tiene de diversión, y por lo mismo, más esclava se hace del medio. El hombre mediocre implora la felicidad a los demás, la pide, la pide clamorosamente a la sociedad. Pero la sociedad no puede otorgársela. La sociedad puede facilitarle grandes medios y darle muchas cosas, pero no la felicidad. Ella no es obra de estadistas, ni de políticos, ni de filántropos, ni de redentores . . .

«La felicidad individual es obra de cada uno.

«O de nadie.

«No debe olvidarse, además, que la felicidad es perfección. Sólo en la práctica del bien se encuentra la verdadera dicha. Quienes la busquen en la satisfacción de las pasiones aviesas, sufrirán desengaños amargos. La causa es inexorable. Las pasiones viles son contrarias, por esencia, a la felicidad. Nadie puede ser dichoso bajo el imperio del odio, del despecho, de la avaricia, de la envidia. Y de la misma manera que el ejercicio de la justicia y la bondad fortalece la virtud, el hombre de actuaciones dañadas verá cundir en su alma los sentimientos que envenenan la vida. Es así como el camino de la felicidad converge con el de la perfección».

Esta verdad no la han comprendido todavía ciertos

moralistas que confunden la persecución de la felicidad, con la satisfacción mezquina de fines egoístas.

El señor de la Cuadra insiste, con razón, en lo mucho que debe el individuo a la sociedad y funda luego la moral en el sentimiento de gratitud y en el interés debidamente controlado para que no se sobrepase en sus afanes.

Como resumen citaremos estas últimas palabras:

«Hemos dicho que el hombre no apareció sobre la costra del planeta, para cumplir ninguna misión determinada: su destino se confunde con su voluntad, o mejor todavía, con las tendencias innatas de su naturaleza. Desde sus orígenes, instintivamente busca su felicidad como una forma de supervivencia. Su destino no puede ser otro, entonces, que realizar plenamente lo que con tanto ahínco persigue. Sin embargo, numerosos factores lo han alejado de la senda verdadera; poderosas corrientes lo han envuelto y empujado como a un leño inerte y lo mantienen a merced de oleajes contrarios. Tanto individual como colectivamente, el hombre ha extraviado su ruta. Para orientarse y enderezar sus pasos hacia el faral lejano, los hombres necesitan de comprensión y buena voluntad. Con ellas pueden iniciar la tarea de corregirse, de mejorarse intelectual y moralmente. Desde el punto de vista intelectual, habrá que ahondar en el conocimiento propio, en el estudio del prójimo, en el valor relativo de las cosas. Moralmente, será preciso limpiar el espíritu, depurarlo de miserias; elevarse sobre las fascinaciones de la gloria,

el poder, el dinero; refrenar la ambición, libertarse de la vanidad. Si la felicidad es el supremo bien, saber donde se halla y poder conquistarla, es la sabiduría por excelencia. La sabiduría es, pues, el conocimiento y posesión de la ciencia de la vida. La ciencia de la vida es el conjunto de verdades que nos acercan lo más posible a la felicidad, esto es, la Verdad por definición. Entrañan en esencia un proceso constante de perfeccionamiento. El sabio no sólo conoce la verdad, sino que mantiene su espíritu siempre en tensión hacia ella. Ser sabio es, antes que conocer, ser capaz de perfeccionarse, porque la sabiduría está menos en el conocimiento que en la potencia de superación de uno mismo. Este aspecto dinámico de la sabiduría es fundamental, porque de él emana la dicha, fruto eximio de la sabiduría, como sentimiento de superación de estados anteriores, de aproximación al ideal con cada uno de los nuevos retoques; dicha sentida y vivida, porque es hija de un movimiento ascendente del espíritu, siempre en renovación progresiva».

«La felicidad la entendemos como un estado bulliciente de dicha, producido por la armonía de nuestros deseos y nuestras posibilidades y la conciencia recóndita de nuestro perfeccionamiento constante, que tiene mucho de creación con sus exaltaciones y embelesos; creación tanto más seductora y fecunda, cuanto que se refiere a nosotros mismos».

En resumen:

Los reparos que hemos apuntado anteriormente no

empecen al valor en conjunto del libro del señor de la Cuadra. Es una obra enjundiosa, honrada y seria, escrita con sinceridad y valor y de provechosa lectura.

VI

ESTUDIOS SOBRE EL EXISTENCIALISMO: AGUSTIN MARTINEZ-FRANCISCO VIVES E.-GUILLERMO MANN -SAMUEL GAJARDO.—LA SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFIA.—LA REVISTA DE FILOSOFIA.—FILOSOFOS EXTRANJEROS EN CHILE: JOSE FERRATER MORA-JORGE F. NICOLAI.— BOGUMIL JASINOWSKI - RAMIRO PEREZ REINOSO

No han faltado pensadores nuestros que se hayan ocupado del existencialismo, la filosofía tan renombrada en nuestros días; y todos lo han hecho para condenarlo en su forma atea. El doctor Guillermo Mann dió en esta Universidad, sobre el tema, una bien meditada y bien orientada conferencia, estudiando principalmente las ideas de Heidegger. Su conferencia salió a luz luego en la revista *Conferencia* (abril, 1946). El señor Samuel Gajardo ha publicado en 1949 un interesante folleto titulado «*¿Qué es el Existencialismo?*» El que habla ha dictado charlas al respecto en Concepción, Santiago y La Serena, extendiendo sus disertaciones hasta comparar el existencialismo con la filosofía perenne, cuyo valor, por lo menos en el orden moral, es de importancia vital para el hombre; pero de estas charlas no han aparecido más que resúmenes y

conclusiones en diarios y revistas. Mas sólo dos sacerdotes han publicado pequeños libros o folletos sobre el particular. Son el señor Francisco Vives Estévez, ex vicerrector y profesor de la Universidad Católica de Santiago y el padre agustino señor Agustín Martínez. La obra del señor Vives se titula *Introducción al Existencialismo* y la del señor Martínez *Información sobre el Existencialismo*. La primera es más reducida y somera que la segunda y manifiesta cierto atildamiento literario. La segunda se inicia mostrando bastante información sobre la ciencia y la filosofía contemporáneas. El señor Martínez se preocupa de justificar la necesidad de la metafísica que identifica con la ontología y entra en muy finos análisis sobre la trascendencia, la libertad y el amor. En ambos estudios se hace una enumeración completa de los principales representantes de las formas características del existencialismo y de sus conceptos esenciales. Ahí desfilan como en un arco de variada gama desde Kierkegaard, y a su lado Unamuno, siguiendo con Heidegger, Jaspers y el popular Jean Paul Sartre hasta el existencialista cristiano Gabriel Marcel. Kierkegaard también es cristiano, pero su angustia de no serlo en forma perfecta alcanza tal hondura que linda con la desesperación de los que carecen del consuelo de Dios. Estos son los existencialistas ateos, cuyas figuras más destacadas las encontramos en Heidegger y en su discípulo Sartre. Para ellos el hombre es un ser en el mundo, arrojado al mundo,

destinado a la temporalidad y a la muerte, y presa del cuidado, de la preocupación y de la angustia. Sin embargo, por una contradicción inexplicable, suponen al hombre dotado de libertad, que le infundiría la capacidad de forjar su destino y lo haría absolutamente responsable de cuanto ejecute. Al frente de las perspectivas sombrías que acabamos de indicar, la filosofía de Marcel nos ofrece—dice el señor Vives—«una lección de optimismo y de esperanza», la actitud de «abrirse a lo absoluto, a Dios, y dar sentido así a su condición de peregrino de la tierra». ¿Qué fondo unívoco tienen estas doctrinas para ser agrupadas, no obstante sus divergencias, bajo la denominación común de existencialismo? Marcan una reacción contra lo que podríamos llamar el esencialismo, contra el predominio de las ideas abstractas en la interpretación y estimación del hombre. Sin dejar de interesarles la esencia del hombre consideran, sobre todo, al «hombre de carne y hueso», que dijera Unamuno. Y habría que agregar «y de sentimiento». Con esta característica señalan su descendencia de la fenomenología de Husserl, otro rasgo común. Así, en cuanto a su teoría del conocimiento, significan una última forma de subjetivismo.

Como ya se ha dejado entender, los señores Vives y Martínez no escatiman sus críticas al existencialismo ateo que resulta una nueva especie de pesimismo exacerbado. Si nuestros autores están en su perfecto derecho para impugnar la doctrina en referencia como filósofos, más lo están aún para hacerlo como católicos.

El señor Martínez concluye su estudio preconizando la vuelta a las enseñanzas de San Agustín. Y es natural que así lo haga: San Agustín es el ilustre patrono de la Orden a que pertenece. El señor Vives, al terminar el suyo, sin dejar de referirse también a San Agustín, insiste en el valor del «humanismo cristiano». «Por fin—dice—frente a la desesperación existencial, poseemos los cristianos la fe, que sin quitar a nuestro tránsito por la tierra su carácter de valle de lágrimas, integra nuestra existencia y nuestra vida en la esperanza y seguridad de la buena nueva del Evangelio».

A los anteriores reparos, por mi parte agregaré otro.

Los existencialistas, no obstante la ascendencia fenomenológica de que hacen alarde, no consideran en ningún momento el valor de las facultades creadoras del espíritu humano, o sea, el hecho de que el espíritu se vaya realizando a través del hombre, todo lo cual, no obstante la tragedia que siempre hay que superar, supone una perspectiva de promesas incalculables.

* * *

Un hecho de singular relieve ha sido la fundación de la Sociedad Chilena de Filosofía, en julio de 1948. Ella se debe principalmente a la entusiasta iniciativa del señor Santiago Vidal Muñoz, que desde el primer momento hasta la fecha ha sido su inteligente, abnegado y activísimo Secretario General. Poco antes del tiempo indicado, teniendo yo a mi cargo la cartera de

Educación Pública, fué el señor Vidal a proponermel la fundación. Acepté con sumo placer la idea y le ofrecí cuanta cooperación estuviera en mi mano. Sus bases quedaron echadas en una numerosa reunión celebrada a fines del mes nombrado, en una sala de la Biblioteca Nacional. Entre los asistentes recuerdo a los señores Pedro León Loyola, Ricardo Dávila Silva, Eduardo Escudero Otárola, Carlos Grandjot, Jorge Nicolai, Félix Armando Núñez, Francisco Vives, Enrique Valenzuela, Carlos Videla, Pedro Zuleta, Oscar Ahumada Bustos, Mario Ciudad Vásquez, Humberto Díaz Casanueva, Juan Gómez Millas, Abelardo Iturriaga, Bogumil Jasinowsky, señorita Teresa Jenske, Roberto Munizaga, Francisco Meyer, Luis Oyarzún Peña, Egidio Orellana, señora Adriana Ponce de Fuenzalida, Ramiro Pérez Reinoso, Armando Roa R. y Santiago Vidal Muñoz. También se encontraba presente el autor de estos apuntes.

Según la opinión espontánea y unánime de los concurrentes habría sido elegido presidente de la Sociedad el distinguido profesor señor Pedro León Loyola; pero esto no ocurrió por la tenaz e invencible negativa del señor Loyola a aceptar el cargo. El Directorio quedó constituido en la forma siguiente: Presidente, Enrique Molina Garmendia; Vicepresidentes, Humberto Díaz Casanueva y Monseñor Eduardo Escudero Otárola; Secretario General, Santiago Vidal Muñoz; Secretarios de sesiones, Oscar Ahumada Bustos y Armando Roa Rebolledo; Secretario de Difusión,

Mario Ciudad Vásquez; Secretario de Publicaciones, Ramiro Pérez Reinoso; Tesorero, señora Adriana Ponce de Fuenzalida.

A causa del sensible fallecimiento del señor Eduardo Escudero Otárola, acaecido a principios de 1949, fué elegido en mayo, para reemplazarlo como vicepresidente, el prorrector y decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica, señor Enrique Valenzuela Donoso.

Más tarde, en reemplazo del señor Humberto Díaz Casanueva, llevado a servir un importante cargo en la Embajada de Chile en Lima, fué elegido vicepresidente el señor Luis Oyarzún.

Apenas cumplido un año de la fundación de la Sociedad, en agosto de 1949, se pudo sacar a luz el primer número de la revista que desde un principio había sido un anhelo publicar, la «Revista de Filosofía», que ya constituye un hecho significativo en la historia de la cultura chilena. Esta realización se ha debido principalmente al empeño desplegado por el socio activo que ha pasado a ser su director, el inteligente e ilustrado profesor y periodista, señor Mario Ciudad Vásquez. Ha tenido a su lado un comité de redacción formado por los señores Oscar Ahumada B., Luis Oyarzún P., Ramiro Pérez Reynoso y Carlos Videl V. Ya han aparecido cuatro números y en esta empresa ha sido valiosísima la ayuda de la Universidad de Chile y el amplio espíritu de cooperación que ha manifestado su Rector, señor Juvenal Hernández.

Fuera de numerosas sesiones de estudio en que algunos socios han leído valiosos trabajos, la Sociedad ha tomado parte con brillo en la celebración de dos efemérides de señera importancia en la civilización occidental: el segundo centenario del nacimiento de Goethe y el tercero del fallecimiento de Descartes. En la primera ocasión presentaron valiosos estudios los socios señores Mario Ciudad, Antonio R. Romaña, doctor Armando Roa y Rafael Gandolfo.

Con motivo de la segunda organizó la Sociedad la semana de las Conversaciones Cartesianas y en ella presentaron trabajos, fuera del autor de estas páginas, los señores Agustín M. Martínez, doctor Armando Roa, Alberto Wagner de Reyna, José R. Echeverría, Mario Ciudad Vásquez, Gabriel Munhoz da Rocha, Ismael Bustos, Juan D. García Bacca, Santiago Vidal Muñoz, Juan de D. Vial Larraín, Domingo Casanovas, Rodolfo Aglogia, en colaboración con Francisco A. Maffey y Elisabeth Gogel de Labrousse.

La Sociedad, y por consiguiente su revista, existen para servir a la cultura, para ahondar, animadas del más alto espíritu de libertad y seriedad, en la investigación de los problemas filosóficos y para enfrentar con comprensiva tolerancia las diferentes doctrinas y tendencias en que se manifiestan las inquietudes del pensamiento humano.

A propósito de revistas, digamos que las de cultura general que se publican entre nosotros, como «Ate-

nea», «Estudios» y «Occidente», suelen contener artículos sobre problemas filosóficos. Se encuentran con frecuencia como autores de estos artículos los nombres de los señores Agustín Martínez, doctor Armando Roa, Rafael Gandolfo y también los de José R. Echeverría, Carlos Domínguez Casanueva y Osvaldo Lira.

Ejecutando una parte del programa que se ha propuesto la Sociedad de Filosofía, en junio del año pasado se constituyó el Centro de Filosofía de Valparaíso. Su directorio quedó constituido en la siguiente forma: Presidente, el abogado y profesor señor Oscar Guzmán; vicepresidente, el director de la Escuela Italiana señor Juan Montedónico; secretarios, el señor Waldo Ross y la señorita Fresia Ojeda O.; prosecretario, el señor Francisco Le Dantec; y tesorero, el señor Emilio F. Ramírez.

* * *

Algunos extranjeros distinguidos han actuado con provecho para nuestra cultura en el período de tiempo que hemos venido estudiando.

José Ferrater Mora.—Tuvimos la suerte de que llegara a Chile, después de la dispersión de tantos espíritus superiores ocasionada por la guerra civil española. Fué profesor en los Cursos de Temporada de la Universidad de Chile, catedrático de Filosofía en el Instituto Pedagógico desde 1944 hasta

1947. Dictó conferencias en la Universidad de Concepción y en el último año nombrado se trasladó a los Estados Unidos de Norte América becado por una institución cultural de este país. En la actualidad es profesor en el College de Bryn Mawr.

Antes de llegar a Chile había publicado Ferrater su excelente Diccionario de Filosofía, que, según entiendo, es el primero publicado en lengua castellana, y uno de los mejores dentro del género en todo el mundo. Tengo noticias de que se está preparando de él una edición en inglés.

Otras obras de Ferrater son las siguientes:

«Unamuno, Bosquejo de una filosofía». «Cuatro visiones de la Historia Universal». «Variaciones sobre el Espíritu, La Ironía, la muerte y la admiración». «Formas de vida catalana». «El Sentido de la Muerte». De esta última me ocupé detenidamente en una conferencia sobre el mismo tema, dada en 1949 en el primer aniversario de la Sociedad Chilena de Filosofía y en cuya segunda parte me ocupé del sentido de la vida.

Jorge F. Nicolai. — Ha publicado los siguientes libros: «Biología de la guerra». «La influencia de los estudios puros en la formación de la nueva conciencia». «Psicogénesis». «Fundamentos reales de la sociología». «La seguridad científica». «Cerebro e inteligencia». «Miseria de la Dialéctica».

Bogumil Jasnowsky. — Autor de estudios sobre filosofía del derecho.

Ramiro Pérez Reynoso.—Como los anteriores, es también profesor y ha publicado dos interesantes libros titulados: «Mensaje sobre el porvenir de la cultura en la América Latina» y «Concepción Histórica de la Filosofía».

* * *

Antes de terminar este capítulo debo mencionar algunos autores que, sin ocuparse de asuntos estrictamente filosóficos, abordan el estudio de problemas que tienen orgánica relación con ella.

En primer lugar el señor Félix Schwarzmann, profesor de Filosofía e Historia de las Ciencias en el Instituto Pedagógico. Ha publicado entre otras cosas menores y colaboraciones de revistas, una importante obra titulada *El sentimiento de lo humano en América*. Lleva como subtítulo «Ensayo de antropología filosófica». Fué la memoria con que se ganó el título de profesor extraordinario de Sociología de la Universidad de Chile. Es un estudio denso, algo touffu, como dirían los franceses, en que el autor muestra vastísima erudición y mucha riqueza conceptual. Constituye una valiosa contribución al cultivo de las ciencias sociales en nuestro país y en América y al ahonde en la psicología de los hispanoamericanos.

* * *

La Psicología Experimental ha tenido un desarrollo relativamente rápido desde la instalación del Laboratorio de Psicología Experimental en el Instituto Pedagógico en 1906, por el doctor Guillermo Mann que fué contratado como profesor de las asignaturas de Filosofía, Pedagogía y Psicología de ese plantel. En aquel Laboratorio se realizaron investigaciones de interés, no sólo para la formación de los futuros profesores, a quienes se les iniciaba así en el conocimiento de la personalidad de los educandos, sino también en relación con la psicología comparada de grupos étnicos: alemanes y chilenos, sirviendo de sujetos de estudio, escolares de colegios chilenos y alemanes. Las obras del doctor Mann referentes a estos estudios son:

«Memoria sobre la instalación del Laboratorio de Psicología Experimental» (1908).

«Volk und Kultur Lateinamerikas» (Hamburgo, 1927).

Posteriormente, en 1923 al hacerse cargo del mencionado Laboratorio el doctor Luis Tirapegui, que había recibido el grado de doctor en Filosofía en la Universidad de Columbia en Nueva York, se dedicó a poner en práctica el sistema de tests mentales y a él se debe la estandarización para Chile de la Escala Binet-Simón, adaptada de la escala revisada por el doctor Termann en los Estados Unidos. El doctor Tirapegui

publicó, además del «Manual de Instrucciones» y material para la aplicación de la escala Binet-Simón, varios estudios realizados mediante ese test de inteligencia en escolares chilenos y fomentó la aplicación de los métodos estadísticos a la Psicología. Pero la labor más importante del doctor Tirapegui fué el estímulo que dió a los profesores desde la cátedra y desde el Laboratorio de Psicología, contribuyendo de este modo al vasto interés que existe hoy en día por estos estudios.

En el año 1941, siendo Decano el doctor Yolando Pino Saavedra, la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile creó el Instituto de Psicología a cargo del profesor psicólogo señor Abelardo Iturriaga J., quien ya ha desarrollado una amplia e interesante labor en el campo de la Psicología Experimental y Diferencial. Se han adaptado numerosas pruebas de inteligencia y aptitudes especiales, cuestionarios para el estudio de la personalidad, etc.

El profesor Iturriaga ha efectuado trabajos de investigación en el campo de la psicopatología en colaboración con el eminentne neurólogo doctor Asenjo y ha publicado una interesante y completa monografía sobre «Características psico-sociales del niño abandonado y delincuente», fruto de prolongados estudios realizados desde su cargo de Psicólogo de la Casa de Menores de Santiago.

Debemos agregar las obras sobre psicología y filosofía de la educación de los siguientes educadores:

Amanda Labarca H.—Bases para una política educacional.

Roberto Munizaga.—Principios de Educación.

Roberto Munizaga.—Filosofía de la Educación Secundaria.

Moisés Mussa.—Nuestros alumnos.—Problemas vitales del magisterio chileno.

Arturo Piga.—Crisis y reconstrucción de la segunda enseñanza.

En este momento cabe recordar también la obra del eminente maestro Darío Salas, *El Problema Nacional*.

Saliéndonos del campo de la educación mencionemos igualmente por su afinidad con la filosofía la obra de Ricardo Dávila Silva, *Jesús*, en que el ilustre crítico rebate a fondo el libro del profesor francés Carlos Guignebert sobre el mismo tema, y las de Jorge Iván Hübner (*Del Concepto del Derecho*), de Eduardo Frei Montalva (*La política y el Espíritu*) y de Ismael Bustos (*Democracia y Humanismo*). Bustos ha escrito también recientemente un breve estudio titulado «*Maritain, su filosofía política y social*».

VII

INSINUACIONES FILOSOFICAS PROPIAS.—
CONCLUSION

He hecho mención en páginas anteriores de mi libro *De lo Espiritual en la Vida Humana* anunciando a la vez que más adelante me ocuparía de las concepciones filosóficas que contiene. Este libro viene a ser, como en él mismo se dice casi al empezar, una especie de confesión filosófica. En 1941 fui recibido por la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile en calidad de miembro académico y a mi discurso de incorporación lo llamé *Confesión Filosófica* y con tal título se ha publicado. He dado a luz entonces dos confesiones que, por lo demás, no se contradicen sino que se completan.

En el curso de esta disertación he expresado que lo esencial de la filosofía lo constituye la interpretación del Ser y la actitud del hombre ante él.

Algunos filósofos, entre ellos Heidegger, se han preguntado por qué existe algo o por qué, más bien, no existe nada. A primera vista parece extraña y desconcertante la pregunta, sobre todo en lo de suponer la posibilidad de la nada. Sin embargo, es natural que la mente acuciada por el misterio del origen de las cosas se la formule. Descartada la idea de la nada por la abrumadora evidencia de la realidad, las respuestas a la inquietante interrogación se reparten en

dos grupos y en general no caben más: la idea del Creador o la idea del Ser existente por sí mismo. Ninguna de las dos aparta definitivamente el misterio de la faz de los hombres. No sabremos por qué existe algo, pero detengámonos ante el hecho deslumbrante de que existe. Esta existencia maravillosa es en conjunto el Ser. El Ser no se define. Se percibe, se siente, se intuye. Formamos parte de él y nos arrastra en las ondas de sus procesos enigmáticos. Es, a la vez, inmanente y trascendente a nosotros. Aunque a la simple percepción se nos presente en el espejismo engañoso de ilusiones y apariencias, comprende el Ser todo lo que abrazan las antenas captadoras de nuestro entendimiento: desde cuanto cae bajo nuestra vista en el mundo que nos rodea hasta los astros que centellean en la noche insondable; desde los átomos, protones y electrones, que son como el alma de las masas materiales, sustraídos a nuestra percepción sensible directa, hasta lo que queda también fuera de nuestro alcance en igual forma por su enorme distancia, como son las nebulosas espirales que se hallan a millones de años luz de nuestra insignificantesima Tierra.

Siendo imposible para nosotros conocer su origen y no pudiendo concebir tampoco que se deje de ser, tenemos que reconocer que el Ser es necesario y absoluto. En esta concepción hay concordancia con las doctrinas de Parménides y de Spinoza. Con el ilustre griego pensamos que el Ser es único, infinito y eterno y con el genial holandés que lo que hemos dicho de

que sea absoluto se refiere a su substancia mientras que sus modos son contingentes.

Dado que la vida y su más preciada flor, la razón humana, no han existido siempre, no se puede dejar de concebir el Ser como llevando en su seno en potencia la vida y el espíritu, o sea, la capacidad de ir ofreciendo nuevas estructuras. La serie de éstas la forman cuerpo físico, vida, alma, espíritu. Capacidad que equivale a suponer en la entraña del Ser una potencialidad creadora, vale decir, una divinidad inmanente.

El Ser sin el espíritu o, si queréis, con el espíritu solo en potencia, es como un gigante viejo y mudo, nostálgico de no se sabe qué, ni caprichoso ni providencial, ni bueno ni malo, sin sentido y sin expresión. No tiene más orientación, como la vida misma, que mantenerse y perpetuarse, persistir cambiando. El amor es el delirio dionisiaco con que el Ser celebra su perpetuación.

Con el hombre hizo su aparición la estructura superior del Ser y este hecho trascendental vino a dárle un sentido, aunque la busca de un sentido de la vida y sus derivaciones sean un problema exclusivamente humano. Fuera de la razón humana no asoma la preocupación del sentido. En los animales no existe, menos en las plantas y para qué mencionar los cuerpos inanimados. ¿Qué sentido podemos atribuir, podemos dar a la vida del hombre? La síntesis de sus imperativos biológicos, sociales, éticos, jurídicos, económicos y estéticos se expresa diciendo que el problema

esencial del hombre es la realización de su vida espiritual. Las dudas acerca de la existencia de una sustancia específicamente espiritual no explican la consecuencia amenazante de la negación de lo espiritual en la vida humana. Lo espiritual existe y existirá mientras aiente el hombre, como una función de nuestro ser, función que supone la actividad orgánica de la sustancia primitiva, llámese la cuerpo, materia, o como se quiera. Nuestro espíritu se manifiesta cuando pensamos, reflexionamos, establecemos juicios, nos asalta una idea nueva, nos deleitamos en la belleza, practicamos el dominio de nosotros mismos, sofrenamos nuestros apetitos, queremos y comprendemos a los demás. La ejecución de obras bellas, la busca de la verdad, el cultivo de los sentimientos de bondad, de justicia, de amor; el enriquecimiento de los conceptos correspondientes a ellos y su incorporación en instituciones que mejoren la vida y alivien el dolor; los actos nobles y heroicos, la práctica de las más modestas virtudes: estas obras y creaciones constituyen la realidad inmediata del espíritu. El hombre es el artífice de ellas y en ellas debe buscar las ejecutorias de su superioridad. Suponiendo aún que existiera un espíritu universal básico, éste no se manifestaría para nosotros sino por medio del hombre y a través del hombre.

De entre las funciones del Ser al hombre le cabe una específica: la espiritual. Esta es para él una dimensión propia. Todo lo material lo encuentra el hombre hecho, sin perjuicio de que en su reino terrestre

pueda llevar a cabo en este orden transformaciones y progresos estupendos. También encuentra todas las formas de vida vegetal y animal y se ha mostrado hasta ahora fuera de su poder reproducir la más insignificante de ellas, y más aún agregar una nueva. Pero le queda una rica compensación, le queda el espíritu. Al revés de lo que pasa con la materia y la vida, sólo lo espiritual no se halla definitivamente hecho y espera para su alumbramiento que nosotros lo vayamos realizando. También en todo el ámbito de nuestras observaciones sólo a través del hombre vemos, a pesar de la pequeñez humana, llevar a cabo propósitos, creaciones, designios reflexivos. El hombre tiene el arduo destino de aparecer, en medio de las confusas y entrelazadas fuerzas del mundo, como cooperador de la creación, como vértice a que convergen corrientes secretas para encender en él las lámparas del espíritu. De la inmanencia de la conciencia creadora viene a irradiar la más infinita trascendencia. Si los hombres no escuchan a Dios en su conciencia y no lo sienten ni lo realizan en ella, no lo encuentran, ni lo sienten ni lo realizan en ninguna parte. Pensando tal vez en algo semejante dijo el místico que el reino de Dios está dentro de nosotros. Nos parece que por las buenas creaciones lo humano a veces se diviniza y que lo divino, buscando hacerse real, desciende a humanizarse. Hemos dicho en líneas anteriores que la divinidad se encuentra inmanente en el seno del Ser en cuanto éste alberga al espíritu en potencia. No se ha-

lla lejos esta concepción de la de Javier Zubiri que, apartando de Dios los atributos de perfección y omnisciencia con que lo reviste la filosofía tradicional, lo llama ente fundamental o fundamentante. Con esto se le libra, por otra parte, de la responsabilidad de la creación. Los males e imperfecciones del mundo son inconciliables en verdad con la creencia de que el universo proceda de una creación planeada de una vez y para siempre por un ser perfecto. Creo sí que, completando la idea de Zubiri, se le debería llamar a Dios además ente compañero o acompañante. Aquí hay lugar para el amor, hay una indescifrable solidaridad en un porfiado destino de dolor y renovación. La creación no tiene fin; se sigue haciendo, y en esta faena infinita el hombre es colaborador de Dios.

Sin que se nos pueda tildar de que empleamos un lenguaje exagerado nos es dado interpretar la obra del hombre como la creación de dos mundos: uno material formado por las obras de su industria y de su técnica y otro espiritual integrado por las ideas, conceptos y valores que engendran la mente y el sentimiento humanos. Por supuesto que empleo la palabra creación, principalmente refiriéndome a la de orden material, no en el sentido de sacar algo de la nada, que sería absurda pretensión, sino como transformación de sustancias y energías. Entre el mundo espiritual y el mundo material de que hablamos se mantiene una interacción constante. Cuando se descuida y olvida el mundo espiri-

ritual, o sea, a los valores morales, jurídicos y estéticos, el mundo material, a su vez, empieza a descomponerse, hasta que se derrumba. Es lo que se ha observado en todas las épocas de decadencia.

Esta consideración, claro está, no autoriza una actitud pesimista sistemática. Ninguna consideración la autoriza. No es en manera alguna aventurado suponer abiertas grandes posibilidades para la vida a pesar de que no se puede afirmar nada a la vez respecto de su valor trascendental. Corremos una hermosa carrera cuya meta final ignoramos. Sabemos, sí, que no se encuentra en el término de nuestra existencia personal. La carrera sigue y nos invita a darle sentido de eternidad corriéndola bien.

No está dicho en ninguna de mis dos obras o confesiones mencionadas como fuentes de este capítulo—y desarrollando la idea podrá ser tal vez motivo de una tercera confesión—que la realización del espíritu se lleva a cabo en un proceso cuyo primer término es una tragedia. Hay dolor desde la entrada de los caminos que ha de recorrer el espíritu para llegar a su realización. El drama comienza con la superación del instinto. Este es un precioso instrumento fundamental de la vida. Tenemos que considerarlo igualmente de naturaleza espiritual si bien de calidad inferior porque carece de los dos atributos esenciales del verdadero espíritu: la libertad y el discernimiento de valores. ¿Cómo y por qué apareció la razón, esta luz superior que no se cansa de hacer preguntas inquietantes y que en su afán

de orden y de explicaciones completas nos deja siempre angustiosamente insatisfechos? ¿Fué tal vez un último recurso ideado por la vida a causa de fallas del instinto? Lo cierto es que con el surgir de la razón, hasta ahora la más lograda realización del espíritu, comienza desde ese punto la tragedia de éste. El animal no tiene problemas discursivos. Hay instintos buenos e instintos malos, saludables e indispensables aquéllos, perniciosos éstos para la vida. La razón es aliada de los primeros y se propone dominar o encaminar de rechamente a los segundos. Así, en el cuerpo, escondrijo de los instintos y también mansión inevitable del espíritu, se desarrollan los primeros actos de la tragedia. Mansión inevitable y precioso cooperador es el cuerpo si se le lleva bien. Pero los instintos extraviados y pervertidos, las pasiones, los vicios y malas inclinaciones son con frecuencia el azote del espíritu y malogran y desbaratan su florecimiento. Luego vienen los factores sociales, los ambientes desfavorables, las preocupaciones, a veces la familia y el matrimonio, con que el espíritu tiene que enfrentarse y provocan su tragedia. Los tiranos y malos gobernantes son enemigos del espíritu y le acarrean dolores. Aun superadas estas vallas queda siempre en pie la mayor de todas, la al parecer insuperable, la del misterio, o si queréis, la de los misterios del Ser y de la vida. Aquí radica la tragedia esencial y máxima del espíritu y a veces, asimismo, su desolación. Todas las religiones y todos los mitos han tratado de ofrecer satisfactorias explicacio-

nes del enigma cósmico llenando el abismo con creaciones de la fantasía. Otro tanto han intentado en forma brillante los mitos filosóficos al estilo platónico. Pero la esfinge de lo indescifrable continúa angustiándonos. Concíbase en el principio de las cosas un Creador Supremo, o un fondo espiritual primitivo, o un ente que llamamos lo Absoluto o el Uno, ahí está la esfinge. Concíbase el Ser como sin principio ni fin, o sea infinito y eterno, llevando en su seno en potencia las fuentes de la vida y del espíritu, llámeselas «impulso vital original» a la manera bergsoniana, o «imperativo de existencias» según proponemos, ahí está la esfinge. De ninguna manera logramos aquietar definitivamente nuestras inquietudes y la esfinge sigue indisipable al frente de nosotros como una sombra que acompaña a la razón en todos sus pasos, como un muro de sombras.

El espíritu tiene que sacar de sí mismo las fuerzas para sobreponerse a su angustia y éas las encuentra en sus virtudes y en dos realizaciones supremas. Estas no son otras que el amor desinteresado y el valor. Comprendemos que insinuamos con esto último recursos difíciles, porque lindan con la santidad y el heroísmo. Reclaman del arco del alma su tensión máxima. El amor desinteresado lleva en sí la ventaja de no dejar, desde luego, lugar para la desilusión y el desengaño y cabe afirmar de él, también, lo que he dicho de la música en mi Confesión Filosófica: «que nos transporta al centro de una de las formas del misterio y así vierte sobre nuestro espíritu su virtud de apacigua-

miento y su don de goces superiores. El misterio deja de inquietarnos por instantes, porque pasamos a sentirnos en medio de él. Nuestro afán de conocer se transforma y satisface en un gozoso acto de vivir. El valor, por su parte, es la afirmación rotunda del espíritu en sí mismo, es la desestimación de todo lo que pueda amagarlo desde fuera. Tener valor es hacer de sí mismo un universo completo.

No olvidemos la bondad, fruto del amor. Si tenemos valor seremos veraces; si tenemos bondad seremos justos. Valor, bondad, verdad y justicia son cual los lados de la falange que protege al espíritu en su avance hacia lo desconocido. Las virtudes son como las fuerzas mismas del misterio hechas carne en nosotros. La esfinge se torna sombra amiga y propicia si tenemos valor hasta para saber morir, si sabemos ser buenos hasta el fin.

Cabe un último atisbo. Después de un tiempo remoto, remotísimo, tras el rodar de millares y millares de siglos, es posible que por una causa u otra esta maravillosa vida se extinga en la Tierra, y que las prodigiosas creaciones del hombre caigan en una destrucción equivalente a la nada. Esta catástrofe la divisamos tan lejos que apenas nos commueve. Pero no es improbable. ¿Y por qué no pensar lo que ahora parece inverosímil, que en aquellos apartadísimos días, otros seres, realizadores también del espíritu en otros mundos, estuvieran en comunicación con los hombres y pudieran recoger, aprovechar, salvar lo mejor de la cul-

tura humana? ¿Es esto fantástico, quimérico, extravagante? Llamadlo como gustéis; pero tampoco es improbable. Tendríamos entonces en el espacio universal el espíritu realizándose eternamente a través de formas transitorias y cada ser transitorio participando del sabor de lo eterno y de lo infinito, de lo divino, en una palabra, al buscar su perfección.

* * *

Hemos llegado al fin de nuestra excursión.

En el siglo pasado se decía que Chile era un país de historiadores y jurisconsultos.

En nuestro siglo la historia ha continuado, por cierto, cultivándose con brillo; pero además Chile ha asombrado al mundo con el florecimiento de su poesía y aún con el de la novela y el cuento.

No podemos esperar, seguramente, que sea tanto el vuelco a favor de la filosofía. La filosofía, aunque debe estar siempre con los ojos abiertos al mundo y a las tribulaciones de los hombres, es milicia algo claustral y no puede aspirar al ámbito de popularidad de que disfrutan la novela, el cuento y la poesía.

Pero por lo que hemos visto en la apretujada reseña que acabamos de hacer, se nota inquietud filosófica entre nosotros. Hemos encontrado obras de mérito y en todas ellas el rasgo común del respeto a la personalidad humana, llama sagrada que esperamos no se extinguirá nunca. Y este florecimiento, que confiamos ha de seguir creciendo, no ha de ser sino para el bien y dignidad de Chile y de América.

BIBLIOGRAFIA

- RAÚL INOSTROZA FUENTES.—*Algunos ensayistas chilenos.* (Contribución al estudio del ensayo filosófico en Chile), 1945.
- MANUEL LACUNZA.—*La venida del Mesías en gloria y majestad.*
- JUAN EGAÑA.—*Ocios poéticos y filosóficos.*
- JUAN EGAÑA.—*Principios de ideología.*
- VENTURA MARÍN.—*Elementos de filosofía del espíritu humano.*
- JENARO ABASOLO.—*La religión de un americano.*
- » » *La América y su porvenir.*
- » » *Personalidad.*
- ANDRÉS BELLO.—*Filosofía del entendimiento.*
- ALEJANDRO VENEGAS.—*Cartas a don Pedro Montt.*
- » » *Sinceridad.*
- » » *La Procesión de Corpus.*
- HENRY BERGSON.—*Obras.*
- WILLIAM JAMES.—*El Pragmatismo.*
- LESTER F. WARD.—*Obras.*
- ENRIQUE MOLINA.—*De lo espiritual en la vida humana.*
- » » *La revolución rusa y la dictadura bolchevista.*
- » » *La herencia moral de la filosofía griega.*
- » » *Nietzsche dionisíaco y asceta.*
- » » *Por los valores espirituales.*
- » » *«Alejandro Venegas».* Edit. Nascimento.
- » » *Filosofía Americana.*—París, Garnier.

JORGE MILLAS.—Idea de la individualidad. Prensas de la Universidad de Chile.

CLARENCE FINLAYSON.—Aristóteles y la filosofía moderna.

» » Analítica de la Contemplación.

» » Intuición del ser o experiencia metafísica.

JORGE DE LA CUADRA.—Filosofía de la realidad. Santiago. Edit. Nascimento.

JORGE VARAS SASSO.—Por las rutas del espíritu. Santiago. Edit. Ercilla.

AGUSTÍN MARTÍNEZ.—Información sobre el existencialismo.— Santiago de Chile. Imprenta «El Esfuerzo».

FRANCISCO VIVES E.—Introducción al existencialismo. Santiago de Chile. Editorial del Pacífico.

SAMUEL GAJARDO.—¿Qué es el existencialismo?

FÉLIX SCHWARTZMANN.—El Sentimiento de la humano en América. Edit. Universitaria. Santiago de Chile.

AMANDA LABARCA.—Bases para una política educacional. Edit. Losada. Buenos Aires.

ROBERTO MUNIZAGA.—Filosofía de la educación secundaria.— Santiago de Chile. «Rodolfo Quevedo».

» » Principios de educación.

MOISÉS MUSSA.—Nuestros alumnos. Santiago de Chile. Editor. Mentor.

» » Problemas vitales del magisterio chileno.— Santiago de Chile. Edit. Nascimento.

ARTURO PIGA.—Adolescencia y Cultura. Santiago de Chile. Zig-Zag.

EDUARDO FREI MONTALVA.—La Política y el espíritu. Santiago de Chile. Edit. del Pacífico.

ISMAEL BUSTOS.—Democracia y humanismo. Santiago de Chile. Imp. Carabineros.

» » Maritain. Su filosofía política y social. Santiago de Chile. Casa hogar San Pancracio.

JORGE IVÁN HUBNER.—Del Concepto del Derecho.